

Un reportaje diferente

Me habían encargado un reportaje que había requerido varios meses de entrenamiento y preparación. No era para menos ya que implicaba un viaje con destino al planeta rojo que duraría un año.

Y es que la celebración del día de Sant Jordi había tenido tanta repercusión en el Universo que su fama había llegado hasta Marte. Nuestro corresponsal marciano había informado al canal de noticias donde yo trabajaba de que, en el 2040, los marcianos celebrarían su propia fiesta. Mi misión sería hacer un reportaje del evento.

Evitaré el relato del viaje que, como es fácil imaginar, fue largo y tedioso. Por suerte, el amartizaje se hizo sin sobresaltos. Mi llegada había tenido mucha difusión en los medios marcianos por lo que fui recibido por una multitud de curiosos. Me habían dicho que no podría comenzar mi visita hasta que pasara cinco horas en una cápsula de despresurización, así es que, sin dejar de ser cortés, fui muy breve en los saludos. Luego, mi guía marciano me acompañó hasta el alojamiento.

Al día siguiente, el sonido de unas trompas me hizo dar un bote en la cama. ¡Me pareció estar en un torneo medieval! JXP, mi guía, enseguida me sacó de mi falsa impresión: era la señal de que los festejos estaban a punto de comenzar.

Al contrario de lo que se podría pensar, JXP no era de color verde. Tenía un cutis anaranjado y parecía no tener nariz o, si la tenía, no fui capaz de verla. En su lugar tenía tres ojos que se movían a toda velocidad; daban un poco de vértigo. Colgado del hombro llevaba un aparato rectangular con botones que hacía las funciones de traductor simultáneo; cada botón correspondía a un idioma. Sin esta ayuda, hubiera sido imposible entenderse. Era curioso ver que todos los marcianos iban vestidos igual: un mono liso cuyo color variaba en función de su oficio. Los guías, por ejemplo, iban de azul oscuro.

En todo el recorrido que hicimos hasta llegar a la ciudad de Salmarcia, centro de la celebración, no pude ver vegetación alguna. Por eso, me sorprendió ver las calles repletas de rosas rojas. Parecían de terciopelo y sus pétalos eran irisados. Además, cada flor iba acompañada de una vara de hojas doradas. JXP me explicó que estaban hechas de jarosita, un mineral muy común en Marte, y que estaban talladas a mano.

A ambos lados de las calles habían colocado unos expositores de formas geométricas que contenían unas planchas metálicas llenas de caracteres extraños. Una vez más JXP me sirvió de gran ayuda: eran libros. Funcionaban con un sistema parecido al de nuestro libro electrónico, salvo que estos solo podían contener un libro. También me dijo que habían traducido algunos de los *bestsellers* editados en la Tierra. En algunas plazas se podían ver cuentacuentos rodeados de niños.

A medida que avanzaba el día, las calles se iban llenando de visitantes. Cada vez se veía a más gente portando libros y rosas. De no ser por el aspecto que tenían, hubiera jurado que estábamos en plena Rambla de Cataluña.

De repente un resplandor llamó mi atención, un enorme dragón rojo se acercaba a nosotros. Mi primer impulso fue salir corriendo pero JXP me lo impidió con suavidad mientras me decía:

—¡No temas! Es solo un robot. Hemos querido reproducir vuestro dragón terrestre. Lástima que aquí es imposible crear el color verde.

De repente me sentí muy cansado y le pedí a JXP que me llevara al hotel. Habían sido demasiadas emociones en muy poco tiempo. Ahora tenía que poner en orden mis anotaciones y escribir el reportaje.